

## ELEMENTOS SUMARIOS PARA UN JUICIO HISTÓRICO AL CHAVISMO

Jesús Puerta<sup>1</sup>

UNIVERSIDAD DE CARABOBO

### Resumen:

En este ensayo se abordan las posibilidades de estudiar y juzgar la crisis actual del chavismo desde, al menos, tres puntos de vista: 1) como período de la historia contemporánea de Venezuela, de manera análoga a la época del bipartidismo AD COPEI, el perezjimenismo, el gomecismo, y así sucesivamente; 2) como conjunto de planes y realizaciones de gobierno y 3) como movimiento sociopolítico de masas con sus elementos ideológicos correspondientes. Para ello, es necesario realizar primero un análisis que pretenda entender el fenómeno; en segundo lugar, una comprensión que sitúe el sentido del proceso en contextos más amplios. Finalmente, estaría el juicio de valor desde un examen crítico de nuestros propios prejuicios, por cuanto no somos observadores imparciales, ahistóricos o revestidos de “neutralidad axiológica”.

**Palabras claves:** Chavismo, gobierno, populismo, ideología, masas.

### INTRODUCCIÓN

Se puede estudiar y juzgar el chavismo desde, al menos, tres puntos de vista:

- como período de la historia contemporánea de Venezuela, de manera análoga a la época del bipartidismo AD COPEI, el perezjimenismo, el gomecismo, y así sucesivamente;
- como conjunto de planes y realizaciones de gobierno y
- como movimiento sociopolítico de masas con sus elementos ideológicos correspondientes.

Un juicio como el que aquí intentamos no se resuelve con una condena o una liberación, aunque sí en una valoración. Para ello, es necesario realizar primero un análisis que pretenda entender el fenómeno. En segundo lugar, una comprensión que sitúe el sentido del proceso en contextos más amplios. Finalmente, estaría el juicio de valor, para el cual todavía es preciso emprender un examen crítico de nuestros propios prejuicios, por cuanto no somos observadores imparciales, ahistóricos, situados en un mundo diferente; tampoco creemos en una “objetividad” o “neutralidad axiológica”. La crítica de nuestros prejuicios en todo caso es importante para delimitar nuestros puntos ciegos,

---

<sup>1</sup> [jesus-puerta256@hotmail.com](mailto:jesus-puerta256@hotmail.com)

nuestro punto de vista y la perspectiva que desde ahí podemos dibujar, desplegando un punto de fuga.

Nuestro punto de fuga, el punto más lejano de nuestra mirada, desde el cual organizamos geoméricamente el resto del cuadro y proyectamos en un plano nuestra visión inevitablemente curva y parcial, es el de la necesidad de construir una alternativa frente a la amenaza de la barbarie civilizacional capitalista, detallada en, por lo menos, tres amenazas muy concretas: la ecológica (cambio climático, agotamiento de recursos, extinción de biosistemas), la económica (pauperización universal), la política (la extinción de la democracia y la violación sistemática de los derechos humanos a nombre de ellos mismos) y bélica (la destrucción mutua asegurada). Esto es señalado por la asunción de una responsabilidad con las próximas generaciones, la esperanza en la convergencia de la decisión con las tendencias históricas a mediano y largo plazo (las oportunidades de la política) y un fundamento en movimiento entre la ética y la política.

#### **EL CHAVISMO COMO MOVIMIENTO DE MASAS**

Me concentraré en el tercer aspecto señalado: el ideológico y político, como formación discursiva e imaginaria, especialmente en lo que se refiere a sus componentes doctrinarios o ideológicos, así como fenómeno de psicología de masas y cultura política del venezolano. Por supuesto, estaremos obligados a referirnos a los otros dos aspectos y hasta a considerar el contexto histórico completo, incluido el internacional.

En lugar de hablar de identidad chavista, prefiero conceptualizar una *identificación chavista* con sus especificidades culturales e históricas, y una lealtad al acontecimiento, en el sentido de una actitud ética-política. A veces se habla de "identidad chavista", expresión que ya he visto en textos de otros compañeros y que entraña, para mí, el riesgo de convertir el devenir de una época o de un movimiento sociopolítico concreto, en una "esencia" idéntica a sí misma, ya hecha, definitiva. Me parece más apropiado hablar de "identificación con el chavismo", porque de lo que hablamos es de un proceso histórico concreto, con varias etapas, en desarrollo, en el cual los sujetos se van identificando cada vez con narrativas, acciones, "performance", discursos, signos y hasta gestos, redefiniendo los límites y composición del movimiento.

Las especificidades del chavismo le vienen de las peculiaridades históricas venezolanas, que podemos resumir en que este país es un capitalismo dependiente rentista.

Como es sabido, la economía venezolana, desde la segunda década del siglo XX, tiene como principal ingreso la renta petrolera. Esta es propiedad del estado en virtud de una tradición jurídica que viene desde la colonia española. La renta es el pago que realiza la burguesía transnacional por la extracción de las reservas petroleras propiedad del estado venezolano. Ese pago es capital internacional, es decir, resultado de la plusvalía que se ha extraído del proletariado mundial.

El petróleo fue un injerto extraño en la economía venezolana de principios del siglo XX, todavía fundamentalmente agrícola, de relaciones serviles en el campo y conectada al mercado mundial a través de una burguesía importadora. Esta y la clase de los propietarios de la tierra (conseguida de maneras un tanto oscuras) se beneficiaron de la renta petrolera a través del negocio de los terrenos durante la expansión de las ciudades y, posteriormente, por una sucesión de políticas proteccionistas (créditos, protección arancelaria; posteriormente ensayos de industrialización de sustitución de importaciones en asociación con capital transnacional, que incluyeron variados tipos de subsidios). Así se conformó una clase burguesa adicta a la protección y los subsidios del estado petrolero, en asociación con el capital transnacional, que entre los 50 y los 60 desarrolló una industrialización basada en el ensamblaje de productos finales. Es decir, la economía venezolana se estructuró como capitalista dependiente (de capitales, insumos, tecnologías y mercados del capital imperialista) y rentista, por cuando extrae sus principales ingresos de la venta de un insumo imprescindible para el modelo de industrialización tecnoproductivo predominante en el mundo, ingreso que no tiene nada que ver con la productividad del trabajo venezolano, sino de la disponibilidad del recurso natural.

Pero el rentismo es además una cultura que permea todas las clases sociales. Modela el comportamiento de la burguesía, que se hace adicta, como hemos dicho, de la protección y los subsidios del estado, impidiendo el despliegue del riesgo y la innovación, y que ejerce su dominación de clase, mediante agentes directos en los gabinetes de los sucesivos gobiernos. Esa burguesía, poco nacionalista, se integra pronto a los circuitos transnacionales del capital financiero, haciéndose exportadora de capital, promoviendo la corrupción en conexión con la alta burocracia estatal. El rentismo modela también el comportamiento de una clase trabajadora en la cual pronto se constituye una "aristocracia obrera" sindicalista y economicista, articulada con la capa dirigente política corrompida. Se disuelve el campesinado, el cual en su mayoría migra a las ciudades, integrándose en un conglomerado social de desempleados, buhoneros, empleados de servicio y comercio, economía informal, etc. Surge una clase media cuyas expectativas de consumo y modo de

vida, copiados de los modelos norteamericanos, a su vez influye en las expectativas de vida de las otras clases. La burocracia estatal, y el elenco de políticos que administra el estado, desarrolla hábitos de improvisación, despilfarro y corrupción, de los cuales surgen nuevas capas burguesas. En la cúspide de esa burocracia, se posicionó la alta gerencia de PDVSA, controlando la principal industria del país, con una autonomía cuasi total respecto del dueño formal de la riqueza: el estado, representado por los poderes públicos.

Pero la impronta del petróleo se nota en las formas de la lucha social y política: la lucha de clases (política, social, económica) se ha centrado en la disposición de la renta, por obtener la mayor porción en su distribución. En la historia contemporánea se han sucedido diversos mecanismos para la distribución de la renta: a través de la casta militar asociada con la burguesía, un sistema de conciliación de élites en el cual concurrían los partidos políticos del status, sindicalistas, empresarios, iglesia, fuerzas armadas y representantes de las empresas transnacionales.

Este esquema de distribución de la renta fue roto y reestructurado con el acceso al poder del chavismo. Se desarticula el sistema de conciliación de élites, se toma el control directo de la industria petrolera por parte del Ejecutivo Nacional, así como la dirección del Banco Central, formalmente autónomo del Ejecutivo; se crean diversos "fondos" (el más importante: FONDEN) también bajo el control directo del Ejecutivo. La renta se reorienta al financiamiento de políticas sociales de magnitudes no vistas (las misiones), a la importación masiva de productos e insumos que hipotéticamente ayudarían al reimpulso de la economía no petrolera.

Ahora bien, Hay elementos de continuidad y de discontinuidad entre la izquierda históricamente existente en nuestro país, y el chavismo como movimiento político.

Hoy que se habla mucho sobre el "legado de Chávez", y se le utiliza para la lucha política entre diversos grupos. Cabe destacar que, a su vez, Chávez, como líder y principal enunciador del discurso que le da consistencia al movimiento político que lleva su nombre, retomó e interpretó (en el sentido de realizarlo "a su modo") varias tradiciones de la izquierda histórica de Venezuela, el continente y el mundo, algunas de ellas incluso contradictorias.

La razón es muy clara: Chávez (y el chavismo) son también fenómenos históricos; aparecieron en el marco de procesos situados en el tiempo y el espacio, en medio del antagonismo y la interacción entre múltiples fuerzas sociales y políticas, que los rebosaban, los constituían, los atravesaban. Así, en líneas gruesas, podemos identificar en el discurso político de Chávez tres

fuentes y tres partes (a la manera de las “tres fuentes y partes integrantes del marxismo”). Ellas son a) el cristianismo, especialmente la teología de la liberación latinoamericana; b) el bolivarianismo y c) el marxismo.

Cabe destacar que estas tradiciones aparecen y se combinan en el discurso, en función de una serie de coyunturas, a través de las cuales el chavismo va evolucionando, no sólo como respuestas oportunas, adecuadas o no a cada disposición de fuerzas del momento, sino que cada momento adelanta un nuevo argumento que reconfigura el conjunto del ideario. Esas etapas de desarrollo del chavismo, van desde la amalgama de las fuerzas contra la hegemonía de AD y COPEI, pasando por las fuerzas populares de una reconducción de la renta petrolera hacia el pago de la “deuda social”, la ruptura con el neoliberalismo, la declaración de antiimperialismo del proceso y su identificación final con el socialismo “del siglo XXI”.

El cristianismo al que apela Chávez, descende de la teología de la liberación. Es posible que haya un elemento biográfico allí: sus padres eran copeyanos. Pero más allá de ello, Chávez retoma una tradición muy enraizada en la historia de la izquierda latinoamericana: una interpretación del evangelio que hace énfasis en a) la identificación con los pobres, los explotados, los oprimidos; b) el señalamiento del “pecado social”, más allá de los pecados individuales; el “pecado social” es la injusticia, el hambre, la opresión, la explotación, determinadas por las estructuras de clase y los motivos de máxima ganancia del capitalismo; c) la exhortación a la acción política y social, más allá de la adoración y la oración. Esta exhortación en América Latina hizo devenir comunidades cristianas de base en semillas de grupos guerrilleros: caso ELN en Colombia (el ejemplo de Camilo Torres), el FSLN en Nicaragua (Gaspar García Laviana, otro cura guerrillero), los Montoneros en Argentina, los Tupamaros en Uruguay, y aquí, en Venezuela, varios agrupamientos que evolucionaron, del ala radical de COPEI, a distintas organizaciones en los 70 que articularon el marxismo con el cristianismo. La creencia religiosa aparece en Chávez, no sólo en advocaciones en casi todas sus intervenciones, sino también en momentos cumbres: el 13 de abril de 2002, por ejemplo, cuando lo primero que hace al dirigirse al país, es mostrar un crucifijo, pedir perdón y solicitar el diálogo a sus opositores, gesto que algunos compañeros consideraron en su momento como un error. Pero sobre todo, el cristianismo aparece en sus llamados al amor, que son algo más que eficaces recursos publicitarios o agitativos.

Por bolivarianismo entendemos, obviamente, a la recurrencia insistente en la figura o “el pensamiento” de Simón Bolívar. Esto tuvo una especial significación en la década de los 80 y 90, cuando varios destacados historiadores se dedicaron a “desmitificar” al Libertador, bien llamando la atención acerca de sus

conductas patológicas (eufóricas, adicto al sexo, etc.), bien enfatizando los límites históricos de su obra y pensamiento (Pino Iturrieta y Caballero, por ejemplo). Después de un análisis tan inteligente como el de Carrera Damas acerca de la conversión del bolivarianismo en una ideología al servicio de las clases dominantes, durante casi todos los gobiernos de Venezuela, era arriesgado retomar este símbolo como núcleo de un planteamiento político.

Pero ocurre que hacia la década de los 70 se produce una reconsideración de la figura de Bolívar desde la izquierda. Enfoques como el de Francisco Pividal y Núñez Tenorio, ensayan una continuidad del pensamiento del Libertador con motivos de izquierda como el antiimperialismo e incluso la guerra de clases. Estas revisiones, que corregían varias décadas de distancia entre Bolívar y el marxismo (desde el artículo de Marx sobre Bolívar, hasta Irazabal criticando la dictadura de Bolívar de 1828), permitieron que dirigentes de la izquierda que venían de la guerrilla, como Douglas Bravo, ensayara nuevas articulaciones, como el conocido “árbol de las tres raíces”, que servía además para reafirmar el nacionalismo y la posibilidad de recurrir a fuentes propias, no europeas, para fundamentar un movimiento revolucionario. De allí lo tomó Chávez y sus compañeros militares conspiradores. Ya en el poder, la insistencia en Bolívar, se decantó en la línea general de la integración latinoamericana, muy pertinente en un momento histórico en que el Sistema-Mundo se reacomodaba formando “bloques de poder” que podían hacerle contrapeso al declinante poderío norteamericano.

La tercera tradición que alimenta el discurso chavista, es el marxismo. El chavismo viene siendo una nueva reencarnación de la izquierda venezolana, una nueva etapa, la más exitosa de toda su historia. Al fin logra tomar el poder, después de muchos intentos, coyunturas y procesos ascendentes y descendentes. Después de plegarse en los 40 a la línea de la internacional de apoyar gobiernos pronorteamericanos como el de Medina Angarita, después de organizar la resistencia al perezjimenismo y coadyuvar efectivamente al derrocamiento de la dictadura, después de desaprovechar el gran flujo de masas a partir de 1958, después de la gran pifia histórica de la guerrilla de los 60 y parte de los 70, después de esa reconstrucción en la legalidad que devino en abandono de la vocación revolucionaria y, a la postre, en una liquidación teórica y política en la cual participaron TODAS las organizaciones de izquierda, cada una a su manera. Por eso, son reconocibles en el discurso chavista alusiones y fragmentos de todas esas izquierdas que han sido. Allí está desde el culto a la revolución cubana y la admiración a Fidel y al Che Guevara, hasta el ensayo de un camino legal, constitucional, pacífico y democrático-electoral a la revolución, recordando a Allende. Allí están las críticas el “socialismo real” del siglo XX, desde las hechas por posiciones eurocomunistas o masistas (el socialismo tricolor, con arpa, cuatro y maracas), hasta las trotskistas y maoístas. Eso, al lado, de la repetición de algunos dogmas del marxismo soviético.

El chavismo se va “izquierdizando” cada vez más, desde 1998, hasta que en 2005 su máximo conductor define al socialismo como la alternativa de la humanidad en el seno del Foro Social. Aquí, Chávez también se actualiza con esta “nueva izquierda” latinoamericana y mundial. Asume algunos planteamientos ecológicos, evidentes en el quinto objetivo histórico del “Plan de la Patria”. También, las luchas por el reconocimiento de las etnias indígenas, las mujeres (feminismo) y hasta de los llamados sexodiversos. Lee a Toni Negri y usa sus conceptos para impulsar el “poder constituyente” en la Asamblea Nacional Constituyente de 1999. Revisa a Guidens, para vacilar acerca de la “tercera vía”. En Meszaros consigue algunas precisiones acerca de la crítica a la experiencia socialista del siglo XX y se consigue con la idea de las comunas, que, por lo demás, ya había conocido al estudiar la experiencia china. Asume motivos del autogobierno, la democracia directa, la experimentación, y hasta del “contra-poder” que insinúa con las misiones, como una especie de estado alterno.

Si revisamos el texto de la fallida reforma constitucional propuesta en 2007 (de la cual, muchos elementos de todos modos se aplicaron en leyes), encontraremos nociones tomadas de la constitución cubana: la idea de “Poder Popular”, un esquema de varios grados para la elección de órganos legislativos que a la vez seleccionan al ejecutivo. La tendencia centralizadora de esa reforma tal vez tenga otra fuente. La combinación de tipos de propiedad, muy discutible por cierto, es posible que recoja ecos del proyecto sandinista.

En todo caso, Chávez intenta refrescar el pensamiento de la izquierda, a partir de la experimentación un tanto empírica, improvisada o empirista quizás, pero también llena de aciertos.

Lo que no pudo hacer Chávez en vida, y al parecer el gobierno chavista que continúa tiene pocas luces para ello, fue diseñar un camino para romper con el capitalismo dependiente y rentista. El éxito de su “revolución política” y sus “misiones sociales”, no tiene parangón con lo económico. 16 años después, Venezuela sigue siendo casi monoprodutor, dependiendo del capital, la tecnología y los mercados transnacionales. Al parecer, el chavismo como gobierno, cayó en el mismo vicio del “estado mágico”: todo se podía resolver a “realazos”. La corrupción apareció y se esparció como un peligroso cáncer. De nuevo el rentismo venezolano entró en una crisis muy parecida a las de 1979 (necesidad de “enfriamiento” a la salida del primer CAP), 1983 (viernes negro), 1988 (el mejor refinanciamiento del mundo de Lusinchi), 1989 (paquete CAP) y 1994 (Agenda Venezuela). Esta crisis recurrente se caracteriza por: fuga masiva de capitales, alta inflación, desabastecimiento y recesión. Todo agravado por una caída persistente del precio del petróleo y la resistencia “ideológica” del

gobierno a aplicar cualquier ajuste macroeconómico (aumento del precio de la gasolina, unificación cambiaria, reforma tributaria, focalización de los subsidios, reestructuración de los compromisos petroleros con los vecinos, revisión y liberalización de los precios). No se atisban planes a más largo plazo, salvo la idea de las Zonas Económicas Especiales las cuales, si como intuimos corresponden al modelo chino, significaría el enclave de una maquila dirigida a la exportación de productos ensamblados, con una reducción importante de los derechos laborales y una dependencia financiera de la emergente potencia china.

¿Cuáles fueron las principales fuerzas y las principales debilidades del chavismo como movimiento social y político? Pienso que fueron tres cosas: a) la presencia de un liderazgo carismático que copó el espacio mediático y político (y, por tanto, cultural), b) la capacidad de amalgamar en un discurso tradiciones políticas muy heterogéneas lo cual, a su vez, logró articular las principales demandas sociales y políticas, c) la disposición de una abundante renta petrolera, que permitió financiar planes sociales que construyeron un apoyo social importante.

¿Cómo es eso de que la principal fortaleza fue, al mismo tiempo, la principal debilidad? Pues que, al sostener casi todo en el liderazgo en un solo hombre, un Chávez sobreexpuesto mediáticamente, controlador e impulsor de la totalidad de las acciones de gobierno y de organización, garante de las grandes promesas, el “hiperlíder”, ese impulso extraordinario, que en ciertos aspectos llegaba al misticismo religioso (notable todavía hasta en discursos como el de Toby Valderrama), mucho iba a caerse al faltar él. Y eso ocurrió. Fue tan duro el hecho desnudo de su muerte, que muchas psiques destrozadas desearon inconscientemente y con desesperación que eso, tan real como la simple muerte, haya ocurrido en virtud de alguna conspiración que le permita a toda la frustración, la rabia y la desesperación, hallar un blanco (un conspirador, un mítico asesino oculto) sobre el cual liberar un solo rayo negro.

Ese discurso chavista que era, al mismo tiempo, democrático, cristiano, bolivariano, marxista-leninista, maoísta, guevarista, institucional, guerrero, militar, cívico, amoroso, ardoroso, caritativo, folklórico, musical, poético, romántico, grosero, refinado, etc. por supuesto que apeló a todos los gustos y subjetividades, pero cultivando en sí las incontables contradicciones de las ideas dispersas, incoherencias inevitables, fragmentos de pensamiento, hilos lógicos enredados, que, finalmente, tenían que obstaculizarse entre sí, neutralizarse, enfrentarse entre sí, en una jerigonza que nunca fue un pensamiento consistente, que nunca pasó de ser agitación y apenas propaganda “basura”, llena de clicés rituales de mitin callejero.



Que esos ingentes recursos de la renta petrolera, al fin destinados en proporciones impensables, a planes sociales, a proyectos gigantes, a misiones, a contratos colectivos onerosos, a propagandas agobiantes, a ayudas internacionales, a financiar instituciones integracionistas, a casas, escuelas, ambulatorios, cursos, estudios en cualquier parte, a cualquier precio, etc., iban a acabarse al primer intento serio de bajar los precios del barril. En fin, esa inventiva propia de Eudomar Santos (“Como vaya viniendo, vamos viendo”), respaldada por realazos, se iba a encontrar de pronto sin combustible, pero siempre orientados a un pueblo que no necesariamente era clase trabajadora, que no necesariamente entendía que socialismo era algo más que recibir sin nada a cambio, y que en un momento dado prefirió cobrar por hacer cola para alimentar las líneas del contrabando y acaparamiento del “bachaqueo”. En fin, de nuevo el “fantasma de la Gran Venezuela” asomó su horrible estampa, cuando se insistía en que era posible convertir a Venezuela en una “potencia”, en un pase mágico, igual al de bautizar como “socialista” cualquier cosa, desde areperas hasta aeropuertos.

El chavismo es también un movimiento carismático, centrado en la presencia de una personalidad extraordinaria, Hugo Chávez Frías, por su encanto de las masas, facilitado por el uso intensivo de los medios de comunicación (la TV, sobre todo). Este carácter, tal vez emparentado con el tradicional caudillismo latinoamericano, determinó igualmente su distancia respecto a otras experiencias de construcción de organizaciones revolucionarias, ya que el movimiento político fue aluvional. Todo esto combinado con una organización vertical, de disciplina cuasi militar, sin casi vida interna o debate democrático. Esta realidad organizativa siempre estuvo en oposición, complementación y mutua influencia con una tendencia horizontalista y participativa propia del movimiento social que se identificó con el chavismo, aunque no se encuadró necesariamente en su organización partidaria. De allí que, al lado del partido (PSUV, los del Polo Patriótico) hay infinidad de grupos, colectivos, organismos y movimientos que se identifican como chavistas también.

Estas características carismáticas del chavismo, pudieran ser vistas como divergentes del resto de la nueva izquierda latinoamericana. En efecto, en países como Nicaragua, Brasil o Bolivia, los liderazgos personales fueron precedidos por una organización política, que, varias veces, tenían ya décadas de lucha. Pero, por otra parte, las coincidencias con el resto de la nueva izquierda latinoamericana, se refieren a políticas concretas: impulso de políticas sociales, rechazo del neoliberalismo y sus privatizaciones y reducción del gasto público, adelanto de nuevas instancias de integración latinoamericanas, crítica del imperialismo norteamericano, el discurso de la soberanía nacional, ataque a la clase dominante burguesa.

El chavismo ha tenido, como ya hemos dicho, una evolución importante en su propio proyecto. Debemos empezar por la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, que incorpora importantes garantías a los derechos políticos y sociales, instituciones que profundizan en un sentido participativo la democracia como los referenda revocatorios, las consultas populares, la previsión de organizaciones de base popular para asumir competencias. Luego tenemos los sucesivos planes, hasta culminar en el "Plan de la Patria", que se mantienen, a pesar de algunas diferencias, en la misma orientación de defensa de la soberanía nacional, construcción de un nuevo modelo productivo que admita diversidad de formas de propiedad, en especial la social; el desarrollo del "Poder Popular" que trasciende el esquema representativo y persigue una incorporación de la población organizada en el ejercicio del poder para resolver directamente sus problemas. Todo ello hasta culminar en la formulación de la comuna como núcleo de la actividad política, social y económica, planteada en perspectiva superadora del capitalismo.

Al lado de estos planes que señalaban un camino de profundización de la democracia, en relación de oposición, complementación y mutua influencia, se produjo la tendencia a identificar el Gobierno, el Partido y el Estado. Esto, por supuesto, es una desviación respecto al planteamiento participativo e incluso democrático del chavismo. El esquema caudillista, burocrático y verticalista se impuso. La disciplina se comenzó a exigir mecánica, sin forjar una auténtica cultura del debate que enriqueciera el ambiente intelectual del conjunto del movimiento. Además, se evidenciaron prácticas clientelares en el encuadramiento político de la población beneficiada con los planes sociales. La lealtad personal, inicialmente a Chávez, pero luego proyectándose los diversos caudillos a diversos niveles, sustituyó la lealtad a las ideas, empobreciendo el conjunto de las definiciones políticas. La polarización política se ha convertido en casi el único mecanismo de politización, y lo es mediante chantajes argumentativos, y no con razonamientos analíticos. El fervor que motivaba la personalidad de Chávez colindó con un culto cuasi religioso del líder, lo cual también impidió una evolución de la racionalidad de la identificación política. Así se muestra que la evolución del chavismo como movimiento político, ha tenido como motor esta contradicción dialéctica entre su aspecto emancipador, democrático, socialista, y su aspecto caudillista, estatista, burocrático, clientelar y, a la postre, neopopulista, basada más en la dádiva y la exigencia de agradecimiento por ella, que en la formación ideológica en nuevos valores socialistas.

El chavismo, por supuesto, es un movimiento político de izquierda, democrático, socialista, revolucionario, especialmente es de izquierda, contextualizado en el momento de su emergencia, por su oposición al neoliberalismo. Además acometió cambios importantes en los mecanismos de

distribución de la renta petrolera, hacia la atención de los sectores más desfavorecidos y excluidos del pueblo. Pero el chavismo se ha quedado corto. Su desviación neopopulista determinó que terminara conservando las estructuras del capitalismo dependiente rentista.

La deriva populista comprende el clientelismo, la dádiva, la politización por polarización chantajista, el caudillismo, el estilo de cliché. Todo ello al servicio de grupos corruptos que florecen a la sombra del control de cambios y otros mecanismos (el comercio de alimentos, como se demostró con la operación "Gorgojo"). La respuesta ante la crisis ha evidenciado también una tendencia creciente a la conciliación de clase. Errores garrafales como las importaciones masivas del propio estado, la gestión desastrosa de la industria nacionalizada, especialmente las de Guayana; el abandono de las misiones, y sobre todo la pérdida de perspectivas revolucionarias. El "alto mando bolivariano" desarrolla una política de conservar el poder "como sea", lo cual no es malo, pero sí lo es que se reduzca a ello. En ese contexto y sus consecuencias, altísima inflación, escasez y recesión, se comprende la derrota del 6D y el surgimiento del "chavismo crítico" en sus diferentes tendencias.

El chavismo ha atravesado varias formas organizativas, de acuerdo a su evolución como movimiento político incorporado al gobierno del estado venezolano; pero cada etapa quedó como un estrato geológico subterráneo, siempre pendiente de volver a la superficie. La primera forma del chavismo fue, por supuesto, el de la logia secreta militar: el MBR-200. Un grupito clandestino, conspirativo, que tuvo algunos contactos con partidos de izquierda tradicionalmente "marxista-leninistas", es decir, grupúsculos extremadamente centralizados y jerarquizados, con relaciones orgánicas muy parecidas a las de los grupitos conspirativos militares. Luego, cuando Chávez decidió participar en elecciones, montó un aparato electoral en el cual se adhirieron viejos militantes formados en el viejo "marxismo-leninismo". Justifico las comillas porque, para mí, el marxismo-leninismo fue un infortunado invento de Stalin. Ya escribí algo sobre esto ([verhttp://www.aporrea.org/ideologia/a224363.html](http://www.aporrea.org/ideologia/a224363.html)).

El MVR, el aparato electoral montado por Chávez y sus conjurados, para las elecciones de 1998 y procesos subsiguientes, fue la mezcla (no siempre armónica, mucho menos orgánica) de un núcleo conspirativo clásico, que ya adquiriría rápidamente las características de "cogollo", entorno del gran líder, de funcionarios estatales (civiles y militares), por un lado, y por la otra, la fusión de diversas tribus (agrupamientos espontáneos) en masas en movimiento (aluvión). Chávez ensayó, en 2001, los "Círculos Bolivarianos", una forma descentralizada de organización de las masas, orientadas directamente desde la TV. También

convocó a una “red de redes” que después abandonó por el camino. Pero esta forma organizativa no fue la única que abandonó por el camino.

Con el enfrentamiento del golpe y el sabotaje petrolero de 2002, las guarimbas de 2003 y la campaña hacia el revocatorio de 2004, el chavismo (mejor sería decir Chávez, personalmente) logró combinar exitosamente el flujo de movimientos masivos semiespontáneos, cuya movilización, adoctrinamiento y agitación se lograba por los medios televisivos (“Aló presidente” y cadenas kilométricas) y SMS telefónicos, dirigidos directamente por el hiper-líder (Monedero). Fueron momentos de efervescencia emocionada. El chavismo es, en gran medida, un fenómeno mediático y sentimental. He allí algunas de sus características postmodernas.

Una vez convencido de que el camino era el “socialismo del siglo XXI”, Chávez decidió convertir el MVR en PSUV. Para ello le arrancó algunos cuadros a otras organizaciones aliadas, víctimas de un ataque frontal para aniquilarlas; sólo para, poco después, ante la tenacidad del PCV, el PPT y otros en sobrevivir, proponer un “Polo Patriótico” que, en la práctica, se convirtió en el espacio de los partidos satélites del PSUV.

Pero el PSUV nació burocratizado. Es bueno a veces descubrir el agua tibia: el PSUV fue siempre el partido de y del gobierno, construido desde él, y por eso devino rápidamente en la organización de los funcionarios estatales o los aspirantes a serlo. Nada que ver con la célebre concepción del “partido de vanguardia”. Era la organización que defendía el gobierno, dependía del gobierno, era el gobierno. Y si el gobierno se identificó con el partido, fue mucho más grave el fenómeno de identificación del gobierno con el estado. El clientelismo, el nepotismo, el amiguismo, el sectarismo y demás viejos “ismos” adecos, reencarnaron.

José Vicente Rangel, entrevistó al gobernador de Carabobo recientemente, y destacaba una frase (“revolución militar”) escuchada en un acto al Ministro de Defensa, Padrino, Jefe de Grandes Misiones, revisor de toda la distribución de productos en el país, supervisor de ministerios, presidente de la empresa militar de hidrocarburos y minería y “uno de los grandes Vladimires” (el otro era nada menos que Lenin), como le dijo en el éxtasis de la adulancia un columnista de “Aporrea” quien llegó hasta a compararlo con Lenin. Ameliach suspiró, henchido de orgullo, y mencionó algo acerca de las promociones de la Academia Militar; no estoy seguro si era que Padrino es de su promoción o si lo era Cabello. Lo que inflaba el pecho de satisfacción a Ameliach era que los nuevos cadetes constituían un futuro brillante de la Fuerza Armada.

Rangel tiene razón: la frase “revolución militar” es significativa. Por muchas razones. Es un hecho conocido y reconocido que este “proceso político” tiene como componente determinante a los militares. Y eso fue así desde aquellos grupos conspiradores que desde los 80 perfilaron lo que después se manifestó el 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992. Y tal vez desde antes.

Douglas Bravo encuentra una continuidad entre esos movimientos clandestinos militares (no sólo el MBR-200, sino también el ARMA de William Izarra y otros), y los que dieron lugar a la caída de Pérez Jiménez y el “Porteñazo” y otras muchas conspiraciones, en las que los militares tenían un brazo civil a la izquierda. La historia que reconstruye Bravo es interesante, porque intenta explicar cómo es que las fuerzas armadas de este país, en contraste con las de Argentina, México, Colombia o cualquier otro país latinoamericano (salvo, quizás Perú y Panamá, como veremos), siempre mantuvieron un “corazoncito” izquierdista. Esa anomalía histórica respondería a que, en realidad, a lo largo de la historia republicana, la fuerza armada ha sido reventada y reconstruida varias veces, en sucesivas conmociones históricas: comenzando con la de la independencia, siguiendo con la guerra federal, continuando con la irrupción de los andinos a principios del siglo XX, que dio nacimiento a la Academia y cierta institucionalización, de la cual surgió Pérez Jiménez (cuyo “brazo civil” fue nada menos que AD en 1945), hasta rematar en el derrocamiento del dictador y los movimientos subsiguientes y contemporáneos.

No es poca cosa la significación geopolítica de esto: se trata de una gran ruptura de la subordinación de los ejércitos latinoamericanos a la hegemonía militar norteamericana, asentada en la formación impartida en Panamá a torturadores y ejércitos apuntando a sus respectivos pueblos, en aras de la política imperialista de “contener el comunismo”, que duró toda la guerra fría del siglo XX. Posiblemente, pudiéramos mencionar como antecedentes de esta “revolución militar” los ejemplos de Velasco Alvarado en Perú y Omar Torrijos en Panamá: generales nacionalistas que pretendieron proyectos de cierta independencia respecto a los Estados Unidos. No es poca cosa, considerando las barbaridades de los militares sureños, que masacraron sistemáticamente a sus connacionales en Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Brasil.

Hoy se reconoce (por lo menos historiográficamente) que el concepto de “unidad cívico-militar” no es original de Chávez, sino que proviene de los 60 y está asociada con la Junta Patriótica que derribó a Pérez Jiménez, y, posteriormente, a Douglas Bravo en sus devaneos conspirativos, justo después que disolvió tanto su organización partidaria (PRV) como su fachada social (RUPTURA). Precisamente, el motivo de los roces, distancias y finales rupturas,

con Chávez, fue que éste presuntamente nunca confió en el elemento civil. Mientras que los civiles participantes en la conspiración (Bravo, Puerta, Medina, etc.) insistían en distribuir armas y movilizar a las masas en las intentonas, Chávez decidió que era asunto de soldados, y que, en todo caso, el apoyo vendría después y por los costados.

La historia pareció ir después para otro lado. Ya cuando hubo Movimiento Quinta República (MVR en vez de MBR-200), el elemento civil desplazó hasta cierto punto al militar en el chavismo, y gente como José Vicente Rangel, Luis Miquilena, Núñez Tenorio y otros, determinaron las orientaciones básicas, sobre todo cuando se decidió que Chávez accedería al poder por la vía electoral. Luego vino la Constituyente, la defensa de la nueva constitución como estrategia para derrotar una oposición golpista y todo lo demás, revocatorio incluido y la docena de elecciones ganadas.

En su gran discurso póstumo, Chávez enfatizó que la continuidad de su proyecto eran las comunas. Por supuesto que insistió en el lema de la unidad cívico-militar; pero más insistía en definir la democracia más democrática, más popular, lo cual era la esencia de su proyecto. Hoy, de nuevo, el componente militar se hace valer, por encima del propio Partido. Teniendo por encima un “alto Mando” cívico-militar, distinto a las autoridades electas partidarias, el PSUV luce como simplemente el brazo civil (o, más bien, burocrático, por ser compuesto fundamentalmente por el funcionariado del estado y el gobierno) de una Fuerza Armada dirigente. Esto por supuesto, despierta muchas reservas.

¿Entonces nuestra democracia está tutorada (el término es suave; en realidad es supervisada, dirigida, conducida) por los militares? ¿En eso quedó el proyecto de “democracia radical” de las comunas y todo eso?

#### **VALORACION DEL CHAVISMO CRÍTICO**

Si la globalización neoliberal, norteamericanizadora, imperialista, cuyo momento de clímax estuvo a finales del siglo XX y hoy parece en abierta decadencia, constituyó una clara amenaza de la barbarie para la humanidad y el planeta, el chavismo puede ser juzgado positivamente como uno de los límites, de las resistencias, con que esa barbarie se encontró e incomodó.

Y esto sirvió, en el plano de la práctica política, no tanto ni sólo en el de los discursos académicos o mediáticos únicamente, para reanimar una tradición emancipadora, histórica, que ha tenido su expresión en las izquierdas históricas, desde el liberalismo del siglo XIX frente al pensamiento conservador y ultramontano, la democracia republicana frente a la aristocracia y las

monarquías y los despotismos militares y fascistas, los movimientos obreros y socialistas, autogestionarios, de aplicación pastoral del contenido humanístico y compasivo de las religiones históricas.

Se podrá observar una debilidad, tanto en el chavismo, como en el resto de las experiencias de gobierno de “izquierda” en América Latina durante la primera década y media del siglo XXI: que se trató de una respuesta reactiva frente al neoliberalismo dominante, que no pudo realizar un proyecto, que se quedó en el camino, que sus avances fueron limitados, insostenibles, incompletos. Incluso puede afirmarse que no hubo revolución propiamente dicha, porque las relaciones sociales de producción, de explotación, de exclusión, de dominación en general, siguen en la práctica intactos. Esta crítica es pertinente; pero sólo tienen validez si se asume una perspectiva de valoración como la que aquí esbozamos.

Entre esas falencias, cabe señalar las siguientes, dichas en forma sumaria:

- a) Se mantiene y profundiza la división internacional del trabajo impuesta por el mercado mundial capitalista. Esto se realiza por un extractivismo sin ninguna consideración ecológica, social, cultural ni política. Por lo demás, esto profundiza la dependencia de la periferia capitalista en las formas más pronunciadas, ya criticadas por la teoría de la dependencia en las décadas anteriores.
- b) El sistema de gobierno y el estilo político que se sostiene es el de la demagogia que confunde asistencialismo con socialismo, un discurso reivindicativo de lo nacional y popular que reproduce los motivos de anteriores populismos históricos latinoamericanos (desde el peronismo hasta la AD de los 60 y, sobre todo, los 70, los de la “Gran Venezuela”). En Venezuela, el “rentismo” configura una tradición cultural (prácticas, costumbres, discursos) que asumen todos los cuadros importantes del estado. Lo que se llamó “el estado mágico”: la creencia en que somos un país rico por disponer de una riqueza que no tiene que ver con la productividad del trabajo.
- c) Reproducción de sistemas de corrupción, apropiación privada de los bienes públicos, acompañados con el fortalecimiento de las tendencias autoritarias, evidentes en esa fusión de la burocracia estatal, la partidista y los militares.
- d) Inconsistencias de las políticas económicas, con fallas macroeconómicas y microeconómicas que han llevado a una espantosa crisis de gran inflación y decrecimiento.
- e) La dilapidación del capital político de la izquierda, conllevando la pérdida de una oportunidad histórica para emprender la construcción de una sociedad distinta.

- f) Preparación para un retroceso “inevitable” a lo peor de las décadas perdidas: endeudamiento masivo para pagar anteriores deudas, sacrificio de la inversión social, privatización, entrega de soberanía nacional, etc.

Ser chavista hoy, no puede significar defender al gobierno. Esto implicaría sepultar las posibilidades históricas de una izquierda en Venezuela, con sus consecuencias nefastas en América Latina. Ser chavista debiera significar la profundización de los legados teóricos y políticos de la izquierda, su renovación a la luz de los nuevos desafíos y, sobre todo, la apertura de un proyecto que nos lleve más allá del capitalismo dependiente rentista.